



PILAR BRAVO y MARIO PAOLETTI

BORGES

VERBAL

Pocos escritores en el mundo han sido tan entrevistados como Jorge Luis Borges.

Mario Paoletti y Pilar Bravo han tamizado y seleccionado con rigor los numerosos y variados reportajes y declaraciones a la prensa, a fin de ofrecer una síntesis definitiva del *Borges verbal*, una faceta no por secundaria menos interesante de la personalidad de nuestro genial escritor.

Borges habla aquí de literatura, del mundo y de la vida, con el talento, la inteligencia y la ácida ironía que lo distinguen. Este diccionario de más de setecientas definiciones, matizado por fotografías y amenas anécdotas, quiere ser un sencillo homenaje a su memoria. Un gran libro para su centenario.

Biografía de yo

«Al otro, a Borges, es a quien le ocurren las cosas (...); yo vivo, yo me dejo vivir, para que Borges pueda tramar su literatura, y esa literatura me justifica.»

Jorge Luis Borges

(Borges y yo).

1. El secuestrado

Los Borges-Acevedo descendían de los fundadores españoles de la ciudad («la muy leal y muy remota» Santa María de los Buenos Ayres) y también de los fundadores del nuevo país que surgió de las guerras de independencia, primero con el nombre de Provincias Unidas del Río de la Plata y luego como República Argentina. Eran, pues, patricios por los cuatro costados, y en esa condición fue ron terratenientes y dueños de vacas y de caballos, que era por entonces el camino más corto para la acumulación de riqueza. El diablo iba a meter la cola bajo la forma de un caudillo populista, Juan Manuel de Rosas (para colmo, pariente lejano) que castigó el desafecto de estos patricios quitándoles tierras y ganados y reduciéndolos a la condición de hidalgos venidos a menos, de los de lanza en astillero, adarga antigua y galgo corredor, tan habituales en la literatura hispánica.

Jorge Borges, el padre, se ganaba la vida ejerciendo la profesión de abogado, que no le gustaba, y dictando cla-

ses de Psicología –que era algo que se acababa de inventar–, en idioma inglés, lengua casi desconocida en aquel extremo sur del continente y que él había aprendido de su madre, nacida en Northumberland. Simpatizaba con el anarquismo individualista de Spencer (había participado en conversaciones para la creación de una comunidad ácrata en Paraguay, junto a su amigo y colega Macedonio Fernández), era vegetariano –en un país en el que se comía casi exclusivamente carne, a todas horas del día– y su mayor aspiración era convertirse en «el hombre invisible». Como, además, era casi ciego, la invisibilidad hubiera sido absoluta y en ambas direcciones. Este raro no creía en Dios, y en especial en el dios de los católicos, y consideraba que la Santísima Trinidad era el invento de un monje fantasioso.

La madre, Leonor Acevedo, era la guardiana de las leyendas familiares: el antepasado que cruzó los Andes con San Martín, el otro que encabezó la carga de los húsares en Junín, el coronel que se hizo matar en La Verde para que nadie dudara de su lealtad (un orgullo costoso: tenía 41 años y dejaba viuda a una mujer de 30 con dos hijos, el más pequeño de siete meses) y, en fin, el recuerdo de aquellas tierras confiscadas por Rosas, el «famosamente infame». Doña Leonor hacía un culto de la genealogía. Su hijo, quizás para molestarla, escribiría luego que la genealogía es, sencillamente, una de las formas de la literatura fantástica y que «basta un solo adulterio en mil años para inutilizar todo un árbol». (Son una familia muy unida, endogámica, pero así y todo Borges no se engañará: «Toda familia es un candelabro donde las vidas de cada uno arden como velas aisladas»).

Las rentas familiares no alcanzaban para soportar los gastos de una casa, a nivel patricio, en el centro de Buenos Aires, que es donde vivían los otros profesionales. La solución que buscaron y encontraron fue, también, atípica para la época: compraron una gran propiedad de dos

plan tas en el último barrio de la ciudad, Palermo, que es donde comenzaba la pampa interminable («el único lugar del mundo donde Dios puede caminar a sus anchas»). Los lujos de la casa eran un molino –que les permitía prescindir de los penosos servicios de los aguateros–, una palmera y un gran jardín cercado por una reja de lanzas. Los tesoros, una suculenta biblioteca bilingüe (que alojaba, también, una inquietante lámina sobre un laberinto y un minotauro), las espadas y los sables triunfadores de los ancestros heroicos. La pesadilla: un triple espejo, que acechaba en la oscuridad. Lo lúgubre: el grito de una urraca que dejará «un antiguo miedo en mi sangre».

Allí se criará Jorge Luis, «Georgie», en compañía de sus dos abuelas y de los dos idiomas de sus abuelas, compartiendo juegos con su hermana menor Norah (que en realidad se llamaba Leonor), razonablemente cómodo en su rutinario secuestro suburbano del que sólo se evadía para ir: 1, de visita a familiares, 2, al Jardín Zoológico (que olía «a tigre y caramelo») y 3, a la Biblioteca Nacional, en compañía de su padre («cuando era niño, yo me imaginaba el Paraíso bajo la forma de una biblioteca»). Andando el tiempo, sería el director de esa misma biblioteca, coincidiendo casi exactamente con el momento en que perdía la vista definitivamente (*Nadie rebaje a lágrima o reproche / esta demostración de la maestría / de dios, que con magnífica ironía / medio a la vez los libros y la noche*).

En aquella casona palermitana el padre enseñará a su hijo varón los principales postulados del obispo Berkeley: que sólo existe lo que percibimos (*esse est percipi*), que el sabor de la manzana no pertenece a la manzana, que un sueño y un recuerdo están hechos de la misma materia, que el tiempo fluye del futuro hacia el pasado (y el presente es ese instante, fugaz e irrecuperable, en el que la corriente nos golpea en el pecho antes de perderse). «Padre» creía que con los años desaparecerían las banderas, los cuarteles, las carnicerías y los sacerdotes y le pedía a

Georgie que mirara todo eso con atención, así tenía algo curioso que contar a sus nietos.

2. *Sonata helvética*

En 1914 Borges padre estaba perdiendo definitivamente su guerra particular contra la ceguera. Era el quinto de su estirpe que perdía la misma guerra. Sus médicos le recomiendan que viaje a Europa y que se opere. Económicamente, la aventura es posible: bastará con reunir su jubilación y la renta de la casa de Palermo (que es alquilada a un amigo que la necesita para refugio de su hermana demente) y aprovechar la buena cotización internacional del peso argentino. Se embarcan un mes antes de que estalle la Gran Guerra (que esta familia de despistados ni siquiera alcanza a sospechar) llevando consigo a la abuela inglesa. Luego, en Ginebra, donde se ven obligados a refugiarse, se les agregará la abuela criolla. Una tiene 75 años y la otra 80. Serán cuatro años de estudios en francés (un idioma que Georgie detestaba), en un medio hostil (no hará ni un solo amigo aborigen: sólo intimará con dos judíos, advenedizos como él mismo) y en un clima espantoso, de lloviznas perpetuas. Habrá, también, algunos días de frío, de estrechez, de austeridad y hasta de hambre. Son los únicos síntomas que ha de percibir de esa guerra que, sin embargo, lo rodea por todas partes. Para Georgie serán mucho más reales Raskolnikof y Sonia, el asesino y la prostituta que enfebrecen sus noches. El paso de los años y la nostalgia, sin embargo, irá modificando esa sensación negativa –que reflejan sus cartas de entonces– y el Borges maduro acabará por revalorizar aquellas jornadas de trabajo intelectual en cinco idiomas bajo la luz de las lámparas estudiosas (además del uso familiar del español y el inglés y la frecuentación del francés y el latín, lengua que

adoraba, «se enseñó» el alemán con un diccionario) ocupado casi enteramente por sus lecturas, múltiples y embriagadoras. No es un esfuerzo inútil: de semejante capital habrá de vivir durante setenta años. En Suiza lo llamarán *Börch* y en Francia, *Boryés*. Los compañeros tienen que darle un golpe de codo para que advierta que es él a quien están llamando.

La operación del padre consigue postergar la ceguera inevitable. Con esos nuevos ojos provisorios mira un día a su hijo y ve a un muchacho alto, cegatón, tímido, algo tartamudo, que saluda dando una mano blanda y camina un poco de costado, «a lo egipcio», como si temiera golpear-se contra algo. «Padre», que tiene fama de mujeriego, intuye con facilidad que su hijo está sexualmente invicto y le dice que él se ocupará del asunto. Algunos días más tarde le entrega una dirección y una cita: en cierto preciso lugar lo estarán esperando para solucionar «el problemita». El lugar de la cita es una casa en la plaza Dufour y el nombre corresponde al de una mujer que, sospecha Georgie, su padre conocería íntimamente. El experimento tendrá consecuencias terribles: inhibirá sexualmente a Borges –aunque sin restarle potencia viril– durante toda su vida adulta. Será también la razón y el motivo de algunos poemas magníficos, en la línea de su: *me dejaron soñarte / pero no ser tu dueño*. Con el tiempo, no obstante, descubrirá que la desdicha es la mejor arcilla para modelar poesía, y ese descubrimiento le resultará consolador.

El suceso de la plaza Dufour lo sume en un tobogán de histerias y depresiones que hacen temer a todos por su salud. Se trasladan a Lugano, para cambiar de aires, y llega al fin el deseado fin de la guerra. La familia entera viaja entonces a Madrid y Sevilla y luego a Mallorca, que es una isla bonita y tranquila. Y sobre todo barata. En España Borges conocerá a Cansinos Asséns, a quien designa su maestro y comienza a imitar miméticamente, quizás atraído por algunas similitudes: el amor a las lenguas (Cansinos

hablaba y escribía en quince), cierto pudor, cierta atracción por el anonimato. Lo copiará en su desvalorización de Federico García Lorca, de Ortega y Gasset, de Ramón Gómez de la Serna. Lo imitará, incluso, en su decisión de descender de judíos, aunque no llevará la decisión hasta el extremo de hacerse circuncidar, como Cansinos. (Y hará bien, porque andando el tiempo se descubrirá que esos Acevedo que él deseaba judíos portugueses eran, en realidad, meramente catalanes.)

3. *Buenos Aires, Buenos Aires*

Georgie vuelve a su ciudad natal, que no conocía, y se enamora de ella. Tiene veinte años, escribe poemas que le han publicado en España, en revistas ultraístas (que es la vanguardia hispánica de moda y que reconoce en él a uno de sus orientadores), y es libre para practicar su deporte favorito: el «flaneo», la caminata sin rumbo y sin horario, que inevitablemente lo lleva a los lindes de la ciudad, quizás en una búsqueda permanente de aquella casa de la infancia que el crecimiento de Buenos Aires va empujando continuamente hacia los confines. De estos «flaneos» se alimentarán sus primeros libros de poemas, esmaltados de suburbios con tapias celestes o rosadas y parras o higueras negras. No habrá gente en sus poemas y tampoco movimiento. Son poemas silenciosos, como cuadros de Hopper, de una ciudad donde siempre es domingo y está cayendo la tarde.

Se enamora de Concepción Guerrero, hija de andaluces, casi niña (en su casa la llamarían Conchita, seguramente), a la que le dedica sus primeros versos apasionados («*la blancura gloriosa de tu carne*»). Pero al año siguiente debe viajar nuevamente a Europa (otra operación del padre) y al regreso la novia se ha cortado las largas

trenzas, pasando a militar en la vulgaridad. Borges pone fin a la relación. Será la única vez que esto suceda. Todas las demás veces el abandonado será siempre Él y la abandonadora será siempre Ella, y en muchas ocasiones para casarse con otro, con uno de esos odiados Otros que empiezan a ocupar un lugar preferente en sus pesadillas.

Son años de cenáculo literario, de fundación de revistas, de flaneo crónico y de una módica actividad política, en apoyo de Yrigoyen y sus «radicales», que eran la alternativa popular al conservadurismo. Se acercará al nacionalismo (que luego caracterizará como «la manía de los primates»), influido por Macedonio Fernández, que ocupa en Buenos Aires el lugar de Cansinos, e incluso al «rosismo» —que exalta la figura de aquel dictador que les había quitado las tierras a los Borges-Acevedo—. También dedicará algún tiempo y esfuerzos a burlarse de Darío y de Lugones. Su padre, experto en ardores, lo deja hacer, pero doña Leonor va de sofocón en sofocón por culpa de este hijo que le está saliendo, quién lo iba a decir, inconformista e iconoclasta. El período se cerrará en 1930 con el «crack» de Wall Street, que coincide con la caída del presidente Yrigoyen y una etapa de restauración oligárquica que habría de desembocar, quince años más tarde, en las reivindicaciones del peronismo. Borges se reintegra a sus libros, en especial los escritos en inglés, y empieza a dar salida a su producción de ensayos, que en esta nueva década será su actividad más importante. Revela entonces a los argentinos los nombres de Whitman, De Quincey, Joyce, Conrad, Kafka, Carlyle, Emerson, Shaw y Henry James, transformándose poco a poco en pequeño mandarín de una secta que acabará provocando tantas admiraciones como envidias y rechazos. Además, el fracaso de su tenue militancia política lo devuelve gradualmente a la práctica de los cultos familiares, aunque atemperada por sus aún vigentes necesidades de rebeldía. Decide así dedicar el dinero cobrado por un premio literario a la preparación

de un ensayo sobre un amigo de la familia, lo que hubiese agradado a doña Leonor si no fuese que de entre todos esos amigos escogerá a Evaristo Carriego, un poeta de Palermo de gustos informales (jugador, un poco racista y algo ácrata) que se había muerto de tuberculosis a los treinta y un años, y de quien Georgie, desesperadamente necesitado de épica de alguna clase, tomará sus retratos de hampones y compadritos para transformarlos, mediante una operación de alquimia literaria que habría de continuar practicando hasta el fin de sus días, en protagonistas de 13 aventuras heroicas regidas por el valor desinteresado, en el mejor estilo John Ford. Borges nunca ignoró (puesto que lo dijo expresamente en muchas ocasiones) que estaba cantando la gesta de asesinos notorios y fieras inmisericordes, pero no era menos consciente de que todas las mitologías son ejercicios de magia verbal y de que, al fin de cuentas, el pasado oficial de los pueblos es siempre el fruto de invenciones que pertenecen a la literatura fantástica. Algo tenía que hacer Georgie para descargarse de la culpa angustiante de ser el miembro inútil de una familia de próceres: su abuelo Suárez, el de Junín, tenía 24 años cuando ensartó en su lanza a un godo, y el otro, Francisco Borges, no había cumplido los 15 cuando fue capaz de defender a Montevideo del asedio. Él, en cambio, parecía condenado eternamente a *ser en la vana noche / el que cuenta las sílabas*. En cierto modo, el material que le ofrecía Carriego era el único disponible, porque el gaucho ya había sido acaparado por el detestado Lugones y por el apreciado Ricardo Güiraldes, que acababa de escribir el canto de cisne de esa estirpe con su *Don Segundo Sombra*. Además, Borges no podía utilizar como modelo precisamente al gaucho, que era contra quien habían peleado a muerte sus célebres antepasados militares. Y, sobre todo, no podía utilizar a Martín Fierro, un gaucho desertor del ejército y que, para colmo, se había pasado al enemigo de la civilización por antonomasia: el indio. Borges sa-

bía que cualquiera de sus abuelos habría fusilado a Martín Fierro sin dudarle un segundo y sin que le temblara la mano. No le quedaban, pues, más que los compadritos de Carriego, aunque fuesen dudosos. Y a eso se atuvo.

La grisura de esos años sólo será interrumpida por su trabajo en el suplemento de *Crítica*, un diario sensacionalista en el que vivirá en amable comunidad con redactores y obreros gráficos y en el que publicará sus primeras narraciones, luego reunidas bajo el pretencioso título de *Historia universal de la infamia* («cuando lo escribí, yo no sabía qué era la infamia»). Son, también, años de permanentes desengaños amorosos. («*El amor, esa gloriosa incomodidad*».) Sus caprichos suelen ser casi siempre por mujeres ricas y católicas, a menudo casadas, un poco estúpidas («en la estupidez hay un misterio que no hay en la inteligencia») que encuentran en Borges un pretendiente incansable y poco conflictivo, memorioso recitador de poemas y consuetudinario regalador de libros. Y si es preciso, prologador del inevitable primer libro de versos (escribirá, en total, 250 prólogos). Otras veces se tratará de mujeres menos formales y más exigentes, hipnotizadas por la sensibilidad exquisita de este hombretón torpe e inclasificable que lo sabe todo y que, sin embargo, no parece siquiera darse cuenta de ello. Gradualmente se va consolidando en él la convicción de no ser querido y con los años acabará por transformarse en un preocupado espectador de sus más íntimas emociones, detectando con creciente inquietud el inconfundible inicio de cada enamoramiento: «*Es el amor. Tendré que ocultarme o huir. Crecen los muros de su cárcel, como en un sueño atroz. La hermosa máscara ha cambiado, pero como siempre es la única. ¿De qué me servirán mis talismanes; el ejercicio de las letras, la vaga erudición (...)? Estar contigo o no estar contigo es la medida de mi tiempo (...)* *Es, ya lo sé, el amor: la ansiedad y el alivio de oír tu voz, la espera y la memoria, el horror de vivir en lo sucesivo. Es el amor con sus mitologías, con sus*

pequeñas magias inútiles. Hay una esquina por la que no me atrevo a pasar. Ya los ejércitos me cercan, las hordas. (Esta habitación es irreal; ella no la ha visto.) El nombre de una mujer me enceguece. Me duele una mujer en todo el cuerpo.» Finalmente, logrará convencerse de que es un cobarde, que ha cometido el peor de los pecados («*me legaron valor, no fui valiente*») y un feo, un cretino («*este rostro obeso y epiceno*»). A mediados de 1935 decide organizar su suicidio: considera y desecha el acero sueco o inglés y el cianuro –que teme que se lo vendan adulterado y le suceda una muerte bovaryna– y se decide por el revólver, ese que, según su propia y fantasmagórica teoría, sus compadritos jamás habían usado porque «para utilizar un revólver no se necesita valor sino puntería». Compra el revólver en una armería de la calle Entre Ríos. Compra también una novela de Ellery Queen, ya leída. Elige como escenario un hotel de Adrogué, en las afueras de Buenos Aires, donde había pasado sus vacaciones infantiles, entre «medicinales» eucaliptus y «efusivas» madreselvas. Pero ocurre que en vez de matarse se queda ridículamente dormido –¡jél, insomne profesional!–, y no tiene entonces más remedio que agregar esta vergüenza a todas las anteriores.

Sigue escribiendo ensayos plagados de argentinismos, de los que luego se arrepentirá con razón (hasta hoy Borges sigue siendo el mejor crítico de la obra de Borges) y hacia fines de la década entrará a trabajar en una centenaria biblioteca de barrio donde será objeto de burla y desprecio. Son los peores años de su vida, que pueden ilustrarse mostrándolo mientras va y viene de su casa a la biblioteca en el tranvía 76, un tranvía amarillo que quizás también se llamara Deseo pero que con seguridad se llamaba Tristeza, mientras aprovecha para leer en italiano un texto comentado de *La divina comedia*. Para eso tiene que acercar el libro a dos centímetros de sus ojos casi sin luz, en los que empieza a triunfar sin remedio una neblina bri-

llosa, a pesar de las ocho operaciones inútiles con las que tratará de retrasar el cumplimiento de la sentencia. Son, también, los años de la consolidación del fascismo y de la aparición de Hitler, que Borges registra con preocupación y rechazo, del suicidio de Lugones (y se agrega entonces también la culpa de haberlo zaherido), y de la muerte de su padre, que se dejará ir negándose a comer, por inanición, dando pruebas de una fuerza de voluntad que sume en la congoja a este Georgie que definitivamente deja de ser «Georgie», porque ahora entre él y la muerte ya no se interpone ningún otro varón de la familia, y no es cuestión de entrar en la nada llevando en la frente un apodo de niño. «*Nobody can help anybody else*», le dice su padre como despedida, remachando el último clavo de su escepticismo. Milagrosamente, «Padre» había recuperado la vista en 1935 –para la época en que su hijo ejecutaba su simulacro de suicidio–, lo que le permitió volver a ver las estrellas y el rostro de sus hijos, ya adultos. Este es, también, el tiempo en que conoce a Adolfo Bioy Casares, quince años menor que él, con el que establece el trueque más fértil de la literatura argentina: Borges culturizará, divertirá y prestigiará a Bioy mientras que Bioy protegerá a Borges, le ofrecerá 30 años de cenas (que Borges utilizará como coartadas inapelables para evadirse de la vigilancia leonorina), y proyectará sobre el maestro la sombra de su destreza en materia de conquista de mujeres, aunque jamás se produzca el contagio.

La década del 40 se inicia con un grave accidente que lo lleva al borde de la muerte. Durante la convalecencia escribe «Pierre Menard, autor del Quijote», que con el tiempo se transformará en uno de sus textos más representativos, aunque por entonces su publicación en *Sur* pase prácticamente desapercibida. Hacia 1944 llegan Perón y el peronismo y Estela Canto, que será uno de los amores que más huella dejen en su vida. Estela tiene la mitad de su edad y no es rica ni pertenece a la alta sociedad ni ne-

cesita un cortejante que la distraiga de rutinas matrimoniales. Por el contrario, es independiente e informal, culta y ligeramente promiscua, curiosa e impertinente. La primera vez que repara en ella Borges le dice que sonrío como la Gioconda y se mueve como un caballito de ajedrez. Estela habla inglés y conoce a fondo la obra de George Bernard Shaw, uno de los santos más conspicuos del altar borgeano. Además, le gusta caminar casi tanto como a él, tiene sentido del humor y vive en el Sur, el barrio que él había inventado poéticamente. Son días y sobre todo noches de flaneo interminable, lo que vuelve loca a doña Leonor por la doble razón de que no considera a Estela la mujer ideal para su hijo (que acaba de cumplir 43 años) y, también, porque Borges está casi ciego y Estela es bastante miope y lo más probable es que acaben bajo las ruedas de un tranvía. A cambio de su libertad Borges promete llamar por teléfono a «Madre» cada hora, como si se tratase de la invasión a Normandía. Según Estela Canto, esto, a la larga, acaba con la relación –que, como siempre, había sido más importante para Él que para Ella– y Estela se casa con otro y Borges queda sumido, una vez más, en la desesperación más absoluta. Para colmo, ahora ya sabe que ni siquiera es capaz de pegarse un tiro. «Enamorarse –escribe por entonces– es crear una religión cuyo dios es falible.»

4. *Maniqueísmo estético*

El peronismo es percibido por Borges y sus amigos como el retorno de los tiempos de Rosas (a lo que ayuda el propio Perón, reconociendo al «famosamente infame» como uno de sus inspiradores históricos) y todos ellos desarrollan el síndrome de invasión/expulsión que Julio Cortázar describirá en su cuento «Casa tomada» (que se publica,

dicho sea de paso, en una revista que dirige Borges). Parece una pesadilla: el fascismo y el nazismo, derrotados inapelablemente en Europa, hacen pie, bajo un confuso ropaje populista, en el país más rico y europeizado de Sudamérica de la mano de un líder carismático que es a la vez un militar de orden y un demagogo. Cuando Borges tenga que definir al peronismo dirá que es «ridículo y oprobioso», colocando en primer término un concepto estético y sólo en segundo lugar uno moral. El rechazo inicial de Borges al peronismo es provocado por las concentraciones multitudinarias, los desfiles de antorchas, la propaganda estentórea, las consignas con apelaciones sentimentales o francamente escandalosas («alpargatas sí, libros no»). Es la estética del populismo la que ofende a Borges, como consta en el testimonio de Emir Rodríguez M onegal, su acompañante por aquellos días. Pero Borges ha olido también el fondo ideológico del peronismo, que supone una modificación total de las reglas políticas del país. A sí como Borges, a los 30 años, había comprendido y secundado los esfuerzos de Yrigoyen por incorporar al manejo de la nación a los inmigrantes y los hijos de inmigrantes, ahora, a los 45, no es capaz de comprender que ha llegado también la hora de rescatar del olvido civil a los antiguos habitantes de la patria, esos descendientes de los indios del norte y del sur, esos hijos y nietos de sus amados compadritos, la gran masa oscura (por el color de su piel y por su anonimato) que ejerce de peón de campo, de obrero industrial, de servicio doméstico, de maestro de escuela de zona desfavorecida. Borges no sabe, y tampoco quiere, pensar en términos sociológicos, hacer la necesaria diferencia entre Perón y el peronismo, entender la política como un fenómeno de masas que obedece a ciertas leyes. Para Borges, que sólo piensa en términos de individuos (y que cree, incluso, que la idea de masa es un abuso de la aritmética, del mismo modo que el tiempo sucesivo, la Historia, es una invención de la memoria), Perón es